

EDICIÓN
34

Noviembre / 2018

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES



RESTAURANDO EL TABERNÁCULO DE *David*

SERVICIOS DEVOCIONALES

MARTES – JUEVES – DOMINGOS

7:00 PM

7:00 PM

10:00 AM



EDITORIAL

Como podemos ver a lo largo de las escrituras, la historia de Dios y su pueblo ha sido un constante proceso de revelación y transformación. Desde que Dios hablaba con Adán en el paraíso, vemos la iniciativa de la Deidad por compartir con su creación. El apóstol Pablo dice a los corintios, que cuando eran paganos de una manera u otra, eran arrastrados hacia los ídolos mudos (1 Corintios 12:2), contraponiéndose esto a la naturaleza de un Dios que habla, como dice Amós: Ha rugido un león, ¿quién no temerá? Ha hablado el Señor Dios, ¿quién no profetizará? (Amós 3:8). Dios toma la iniciativa de hablar con un hombre pagano de Ur de los caldeos, llamado Abram, a quien le dice que salga de su tierra y de su parentela a una tierra que Él le mostrará. Aquel varón deja todo creyéndole a Dios y esto le fue tomado por justicia. Dios le dijo a Abraham, que sería padre de multitudes, haré de ti una nación grande y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y al que te maldiga, maldeciré. Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra (Génesis 12:2-3), esto da lugar a la dinastía patriarcal de Israel. A que Dios fuera conocido como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. La descendencia de Abraham, descendió a Egipto donde fueron hechos esclavos de Faraón por 400 años.

Surgió un varón a quien Dios habló en medio de la zarza ardiente y le dijo que sería el encargado de sacar a su pueblo de la cautividad (Éxodo 3:2). Luego de la salida del pueblo hebreo de Egipto, el Señor se manifestó a Moisés cara a cara, como un hombre habla con su amigo y lo llevó a un monte, no de esta creación, sino que celestial, donde le mostró el diseño del tabernáculo celestial (Hebreos 8:5) y le ordenó construir una copia fiel del mismo.

Dios le da todas las medidas y especificaciones hasta del más mínimo detalle de la construcción. De la misma manera, le da sabiduría a aquellos artífices que lo construirían y los medios suficientes para edificarlo. Cuando se terminó la construcción del tabernáculo, que estaba formado

por el atrio, el lugar Santo y el lugar Santísimo, descendió la gloria de Dios y habitó el Señor en medio de su pueblo. Israel dividido en sus tribus, rodeaba aquella tienda de apariencia sencilla y humilde, pero en la que Dios se manifestaba. Donde quiera que el Señor los llevaba por el desierto, los levitas llevaban la tienda de reunión. El tabernáculo entró con los hebreos a la tierra prometida y por cuatrocientos años, en el tiempo de los jueces, el tabernáculo permaneció en Silo. En tiempos de Elí, el arca fue secuestrada por los filisteos y la gloria de Dios abandonó a Israel. Durante el reinado de David, el arca fue llevada a la ciudad del rey, a Sión, donde David prepararía una tienda o tabernáculo. El rey nombra a los levitas para ministrar frente al arca, con canticos, con trompetas y danzas inintermitentemente, tenían libre acceso a la presencia de Dios. Mientras que en Gabaón, donde estaba el tabernáculo, los sacerdotes seguían presentando sacrificios según la Ley de Moisés.

Posteriormente Salomón levantó el templo y terminó el paréntesis de gracia revelado a David, figura de lo que Cristo haría con la iglesia, aunque Dios en su gran misericordia y amor, también se manifestaba gloriosamente en el templo, el cual pasó por distintos periodos de destrucción y restauración, hasta el tiempo del Señor Jesucristo. En aquel momento convivía el templo de Herodes, figura del tabernáculo de Moisés y Cristo el arca del pacto, ya que Él es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza... (Hebreos 1:3). Luego de su muerte y resurrección, Cristo subió al cielo donde reina a la diestra de la majestad de Dios (Lucas 22:69). Jesús amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella para santificarla, habiéndola purificado por el lavamiento del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia en toda su gloria, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa e inmaculada (Efesios 5:25-27). El Señor murió y ascendió a los cielos, abriéndonos de esa manera el camino de regreso al Padre, donde moraremos con Él, en el tabernáculo eterno.



Director General

Pastor Pedro Legrand

Pastor Pedro Legrand
Jonatan Aguilar

**Redacción y corrección
de estilo**

Pastor Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Jorge Vasquez

Reina Solis

Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com



EL TABERNÁCULO

Celestial

El diseño y planificación de edificios, casas y otras estructuras arquitectónicas, es un trabajo que ha tenido gran relevancia a lo largo de la historia de la humanidad, pues con ello vemos materializarse las visiones que se han tenido sobre una ciudad, nación o pueblo; por ejemplo, en el año de 1956 se empezó a construir la ciudad de Brasilia, actual capital de Brasil, por el urbanista Lúcio Costa y el arquitecto Oscar Niemeyer, quienes la vieron emerger en medio de la selva brasileña. Cuando se va a construir cualquier clase de edificación, lo primero que debemos hacer es planificarla, es decir, hacer los planos y los cálculos para poder ejecutar la obra con éxito (Lucas 14:28). Esto mismo fue lo que sucedió con Moisés, a quien Dios le mostró el tabernáculo celestial y para poder saber de qué se trata el tabernáculo celestial, debemos entender lo que dice la Palabra en cuanto a cómo fue hecho todo, dice que fueron hechas las cosas visibles de las que no se veían, por lo que entendemos que a Moisés le fue revelado el tabernáculo, que en aquel momento no era visible para el hombre (Hebreos 11:3).

La Biblia no nos narra con detalle la forma en que el Señor le mostró los pormenores del tabernáculo, pero sabemos que lo llevó al monte de Dios; este monte no es de esta creación, sino que celestial y espiritual. Habrá sido para el siervo de Dios una experiencia extraordinaria el poder contemplar aquellos lugares, aunque la Palabra nos indica que también otros fueron llevados al tercer cielo, como dice el apóstol Pablo en su carta a los corintios (2 Corintios 12:2-3). Dios le dio a Moisés la capacidad de retener en su espíritu las medidas de su diseño y hasta el más mínimo detalle del mobiliario de tan gloriosa edificación, en la que al ser construida, el Señor habitaría en medio de su pueblo (Éxodo 25:8-9). De la misma manera, el apóstol Juan nos dice en el libro de Apocalipsis, que Dios le dejó ver cuando en el cielo se abrió el templo, el tabernáculo del testimonio, del cual salieron siete ángeles que llevaban siete plagas; y continuó diciendo que el templo se llenó del humo que procedía de la gloria y del poder de Dios (Apocalipsis 15:5-8). Cuando Moisés preparó el santuario terrenal, lo dividió en tres

partes; en su primera parte llamada el lugar Santo, estaban la Menorá (lámpara de aceite) y la mesa de acacia, recubierta de oro, donde se ponían los panes de la proposición. Detrás de la segunda cortina estaba el lugar Santísimo, en donde estaba el altar de oro para quemar incienso y también el Arca del Pacto, que estaba totalmente recubierta de oro puro. En el Arca había una vasija de oro que contenía el maná que descendió del cielo; la vara de Aarón, que había vuelto a florecer y las tablas de los diez mandamientos. Sobre el Arca se pusieron dos querubines de gloria, los cuales cubrían con sus alas el propiciatorio desde donde el Señor se manifestaba a Moisés.

En su tercera parte se encontraba el patio exterior o atrio, donde estaban el lavacro y el altar de los sacrificios, a este lugar tenía ingreso todo el pueblo. Al lugar Santo entraban los sacerdotes todos los días para celebrar el culto. Pero al lugar Santísimo, solo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año, entraba llevando sangre de animales, por él y por el pueblo, para pedir el perdón de Dios cuando pecaban sin darse cuenta (Éxodo 25).

Dentro del tabernáculo habían distintos elementos y dentro de estos los más importantes eran el lavacro, el altar del sacrificio, la mesa de los panes de la proposición, la lámpara de siete brazos, el altar del incienso y el arca del pacto cubierta con el propiciatorio y los querubines de gloria. El elemento más importante del tabernáculo era el arca, porque esta representa la misma naturaleza de Dios, dentro de ella se guardaban las tablas de la Ley, las cuales son figura del Padre y del pacto que hiciera con su pueblo. El maná escondido, que representa al Hijo de Dios como el verdadero pan del cielo y la vara de Aarón que es figura del Espíritu Santo, con sus dones y sus frutos. Estos tres elementos unidos al arca, son una figura exacta de la cuadridimensión de Dios. Cuando Moisés entraba para hablar con el Señor, desde encima del propiciatorio, de entre los dos querubines, Dios daba los mandamientos para los hijos de Israel (Éxodo 25:21-22). Como podemos ver el tabernáculo de Moisés no era más que la representación del tabernáculo celestial,

el Señor Jesucristo por medio de su ministerio sumo-sacerdotal de los bienes futuros, abrió el camino al lugar santísimo del tabernáculo celestial, el cual es mayor y más perfecto que el terrenal, pues no es de esta creación. El Señor se presentó llevando su propia sangre; entró al lugar santísimo de una vez para siempre, obteniendo para nosotros redención eterna, purificando nuestras conciencias de obras muertas, habilitándonos para que el día de hoy, nosotros como pueblo sacerdotal, también podamos servir al Dios vivo. La palabra de Dios nos dice que sin derramamiento de sangre no hay redención de pecados, y el mismo Moisés, cuando terminó de promulgar los mandamientos a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo y roció el libro mismo y a todo el pueblo, diciendo: esta es la sangre del pacto que Dios ordenó.

También roció con la sangre el tabernáculo y todos los utensilios del ministerio. Así como fue necesario que se purificaran con sangre las representaciones de las cosas celestiales, así mismo las celestiales fueron purificadas con un mejor sacrificio, porque Cristo no entró en un lugar santo hecho por manos, representación del verdadero, sino que en el cielo mismo, delante de la presencia de Dios. El Señor como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, ya no tiene que entrar cada año al lugar santísimo, sino que de una sola vez se manifestó para destruir el pecado, por el sacrificio de sí mismo. El apóstol Pablo nos enseña que nuestra morada terrenal se destruirá, pero de parte de Dios tenemos un edificio, una casa no hecha por manos, sino que eterna en los cielos. Mientras estamos en esta morada terrenal, anhelamos ser revestidos por nuestra habitación celestial (2 Corintios 5:1-5). Como dijo el Señor: No se turbe vuestro corazón; creed en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo hubiera dicho; porque voy a preparar un lugar para vosotros (Juan 14:1-2).

EL TABERNÁCULO DE Moises

Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto y llegó al desierto del Sinaí, subieron al monte Moisés, Aarón, Nadab, Abiú y setenta de los ancianos de Israel, por orden del Señor. Sin embargo, solo Moisés pudo acercarse hasta el Señor en el monte Sinaí, donde le fue mostrado el diseño y los utensilios del tabernáculo que debía construir, pues el Señor mismo le dice a Moisés: Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis, Éxodo 25:8-9. Moisés estuvo en el monte Sinaí por cuarenta días y cuarenta noches, el pueblo de Israel, solo podía ver como la gloria de Jehová era como un fuego abrasador en la cima del monte, pues la gloria de Jehová reposó en ese lugar, (Éxodo 24:16-18). Luego que le fue mostrado a Moisés el tabernáculo celestial que debía replicar con materiales de esta creación, la consagración de Aarón y sus hijos, y de Bezaleel y a Aholiab, los dos varones que fueron llenos del Espíritu de Dios, para la elaboración de todo el tabernáculo y sus elementos; el Señor dio a Moisés la Ley en dos tablas hechas de piedra, escritas con el dedo de Dios por ambos lados, e hizo que descendiera del monte.

Cuando Moisés descendió, su rostro resplandecía por haber hablado con Dios, Aarón y todo el pueblo tuvieron miedo de acercarse a él, por lo que Moisés los llamo y al acercarse, les mando que hicieran conforme a lo que Dios había dicho, al terminar de hablar con ellos puso un velo sobre su rostro. Dentro de lo que el Señor pidió que hicieran, fue que llevaran ofrenda para la construcción del tabernáculo, una ofrenda de corazón generoso; es decir que todos debían de dar conforme habían dispuesto en su corazón, no de mala gana ni por obligación, pues Él es quien mira y pesa los corazones; dentro de los materiales que se ofrendaron para la construcción estaba el oro, figura de la gloria de Dios, la plata, que nos habla de redención, y el bronce de juicio. De la misma manera les fue pedida tela azul, que representa lo celestial, tela púrpura, que habla sobre

la realeza de nuestro Dios, el escarlata, que representa la sangre de Cristo y el lino fino, que son las obras justas de los santos (Apocalipsis 19:8). En cuanto al pelo de cabra, podemos decir que representa el sacrificio sustitutivo de la cruz, tal como el caso del macho cabrío de Azazel, sobre el cual caían los pecados del pueblo (Levítico 16:7-10). De las pieles de carnero teñidas de rojo, no podemos dejar de mencionar las palabras de Juan el Bautista, cuando dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! (Juan 1:29). Por último mencionaremos la capa exterior de la cobertura del tabernáculo, estaba hecha de pieles de tejón o marsopa, mamífero originario de Oriente Medio, el cual se alimenta de miel y de serpientes, dentro de las cuales está la víbora sopladora, que desintegra la carne humana, pero que a este animal puede morderlo y durante un período de tiempo estará bajo los efectos del veneno, mas luego volverá a la vida como si nada. Este animal es figura de Cristo resucitado (1 Corintios 15:20).

Toda la congregación de los hijos de Israel, llevó ofrenda voluntaria conforme propuso su corazón, entonces llamó Moisés a Bezaleel y a Aholiab y a toda persona hábil en quien el Señor había puesto sabiduría, y a todo aquel cuyo corazón le impulsaba a venir a la obra para hacerla, Éxodo 36:2. Hombres y mujeres, fueron llenos de sabiduría y habilidad para hacer cada elemento del tabernáculo; se debían hacer también los utensilios para el tabernáculo. Empezando por el Arca del Pacto que estaba situada dentro del lugar Santísimo, hecha de madera de acacia y recubierta de oro, sobre ella fue puesto el Propiciatorio hecho de oro, con los dos querubines, uno frente al otro y extendían sus alas sobre todo el propiciatorio, que era de donde el Señor hablaba a Moisés, para que se cumpliera la promesa del Señor, que habitaría en medio de su pueblo. En el lugar Santo estaba situada la Menorá hecha de oro labrado a martillo, la cual era una lámpara de aceite, que iluminaba todo el lugar; frente a ella estaba la Mesa de la Proposición, donde se ponían doce panes en dos hileras

continuamente, estaba hecha de madera de acacia y cubierta de oro, los platos, cucharas, cubiertas y tazones que se usaban en ella, fueron hechos de oro fino. También en el lugar santo se encontraba el Altar del Incienso, que estaba hecho de madera de acacia y cubierto de oro. Alrededor de la morada estaba el patio exterior o Atrio; aquí se encontraba el Altar de Bronce o Altar de los Sacrificios, hecho de madera de acacia y cubierto de bronce; entre la morada y el Altar de Bronce, estaba el Lavacro o Fuente de Bronce, que era donde los sacerdotes se lavaban los pies y las manos para que no murieran cuando ministraban. La manera en la que se realizaba culto al Señor en este pacto, tenía ordenanzas para un santuario terrenal.

Al lugar Santo entraban los sacerdotes continuamente para quemar el incienso en el altar, cada vez que entraban a encender las lámparas. Al lugar Santísimo solo se podía entrar una vez al año, con la sangre de machos cabríos, para que el sumo sacerdote ofreciera por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo. Sin embargo, es importante resaltar, que el culto solo consistía de comidas, de bebidas, de diversas purificaciones y ordenanzas para la carne; pues por la sangre de becerros, machos cabríos y las cenizas de la becerria, cuando eran rociadas, santificaban para la purificación de la carne y no perfeccionaban en su conciencia a quienes servían o presentaban culto.

Por lo tanto, esto fue establecido hasta el tiempo en que se reformarían las cosas, pues aun para los utensilios del Tabernáculo, fue necesario que fuera derramada sangre sobre ellos para santificarlos. Pero vino Cristo, el Sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de un mayor y más perfecto tabernáculo, y no por medio de la sangre de machos cabríos y de becerros, sino por medio de su propia sangre, entró al Lugar Santísimo una vez para siempre, habiendo obtenido redención eterna, Hebreos 9.

EL TABERNÁCULO DE *David*

Cuando Dios habló por primera vez a Abram en Ur de los Caldeos, la narrativa no nos da mayores detalles de cómo fue ese primer encuentro; en otra oportunidad, lo visitó el Señor cuando los tres varones le prometieron que sería padre. Posteriormente Dios interactuó con Isaac y luego con Jacob, con quien peleó toda una noche y luego, en su camino de regreso a Canaán, antes de encontrarse con su hermano Esaú, lo llamó: el Dios de Abraham, de Isaac y de sí mismo (Génesis 32:9). Cuando el Dios de la zarza apareció a Moisés y lo envió a Faraón a sacar a los hijos de Israel de Egipto, le preguntó: He aquí, si voy a los hijos de Israel, y les digo: "El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros," tal vez me digan: "¿Cuál es su nombre?", ¿qué les responderé? Dios dijo a Moisés: YO SOY y además Dios dijo a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: "El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros." Este es mi nombre para siempre, y con él se hará memoria de mí de generación en generación. EL QUE SOY. (Éxodo 3:12-15).

Había algo peculiar en el Dios de Israel, un Dios que habla, pero no se puede ver, a diferencia de los dioses de los demás pueblos, que confían en ídolos. Dios ordenó a Moisés hacer una tienda o tabernáculo desde donde se manifestaría a su pueblo y se debía realizar de conformidad con el modelo que le había sido mostrado en el monte (Hebreos 8:5). Así lo hicieron los hijos de Israel, y cuando Moisés examinó toda la obra, fue hecha como el Señor había ordenado (Éxodo 39:42-43). Los levitas llevaron el tabernáculo por el desierto durante 40 años, hasta que Josué pasó el Jordán con el arca, la cual fue vital en la conquista de Jericó. Les dio herencia en la tierra prometida y la llevaron a Silo, la primer capital del reino de Israel, lugar que escogió Dios para residir (Josué 18:1-3; Jeremías 7:12). Dentro de los enemigos de Israel, estaban los filisteos que pelearon contra ellos durante el tiempo de los jueces (400 años). Los hebreos viéndose perdidos, llevaron el Arca de Dios a la batalla usándola como un amuleto, lo que enfureció al Señor, permitiendo que fuera capturada por sus enemigos. Ese día murieron treinta mil hombres junto a los hijos de Elí, Ofni y Finees (1 Samuel 4:10-13). Los filisteos llevaron el arca a Asdod, al templo de Dagón donde el Señor los humilló con gran poder, por lo que la enviaron a Gat, donde afectó a los hombres con tumores (hemorroides para algunos) y plagas, por lo que la trasladaron a Ecrón, donde corrieron la misma suerte. Ya cansados de estos problemas decidieron devolverla a Israel. La pusieron sobre una

carreta halada por vacas, las cuales llegaron a una aldea llamada Bet-semes, donde hirió a muchos de muerte (1 Samuel 6:19-21); el arca prosiguió su camino hasta Quiriat-jearim donde estuvo en casa de Abinadab por 20 años, villa ubicada a pocos kilómetros de Jerusalén. En total podemos decir que el arca estuvo alejada de su pueblo por unos 70 años; los últimos 20 años de Samuel, 40 del reinado de Saúl y 7 años del reinado de David en Hebrón, hasta su traslado a Jerusalén. David se levantó y fue con todo el pueblo a Baala de Judá, para hacer subir el arca de Dios a Jerusalén. Uza y Ahio, hijos de Abinadab, guiaban un carro nuevo en que iba el arca, pero cuando llegaron a la era de Nacón, Uza extendió su brazo para sostener el arca para que no se volcara y en ese momento murió. Por esta razón, David no quiso trasladar el arca a la ciudad de David, sino que la llevó a la casa de Obed-edom geteo. Por tres meses Dios bendijo la casa de Obed-edom por causa del arca, y cuando vio esto el rey la hizo subir a la ciudad de David aquel día y presentó muchos sacrificios y danzó con gran fuerza delante del Señor (2 Samuel 6).

David hizo para sí casas en la ciudad de David y preparó un lugar para el arca de Dios y levantó una tienda para ella. Reunió a los hijos de Aarón y a los levitas, para que se santificaran para subir el arca del Señor en sus hombros y con las barras puestas como Moisés había ordenado. Los levitas designaron a sus parientes los cantores, los que tocan instrumentos de música, arpas, liras y címbalos muy resonantes, quienes alzaron la voz con alegría (1 Crónicas 15). Por primera vez puso en manos de Asaf salmo para dar gracias al Señor y lo dejó delante del arca junto con sus parientes para ministrar continuamente delante de ella cada día, así lo hizo con Obed-edom, Jedutún, Hosa y sus parientes como porteros. Ordenó al sacerdote Sadoc y a sus parientes para que ofreciera continuamente holocaustos al Señor, delante del tabernáculo que se encontraba en el lugar alto que estaba en Gabaón. También designó a Hemán y Jedutún con instrumentos para los cánticos de Dios y a los hijos de Jedutún como porteros (1 Crónicas 16:34-43). Como podemos ver, David construyó una tienda (H168 ohel) para albergar el arca del Señor en el monte de Sion, mientras que el tabernáculo de Moisés permanecía en Gabaón, donde los sacerdotes seguían presentando sacrificios de animales según la Ley de Moisés. Por el contrario, en el tabernáculo de David, se ministraba al Señor con un nuevo orden, mediante sacrificios espirituales de alabanza, gozo y gratitud, salmos, cantos y danzas. Podemos

decir que el tabernáculo de David, es figura de la gracia que habría de venir en el futuro. Esta morada no tenía un lugar santísimo, reservado solo para el sumo sacerdote, sino que todos los sacerdotes podían entrar confiadamente y contemplar la presencia del Señor. Fue un tiempo glorioso de gracia, aunque temporal, ya que el anhelo de David, era construir un templo permanente para el Señor. Durante el reinado de Salomón, se construyó este maravilloso edificio, espléndido en todo sentido pero que limitó la cercanía a Dios, debido su apego a la Ley Mosaica. Podemos entender que solo fue un paréntesis de gracia, señalando hacia el futuro. El autor de la carta a los Hebreos, dice que el camino al Lugar Santísimo aún no había sido revelado, en tanto que el primer tabernáculo permaneciera en pie; en el cual se presentaban ofrendas y sacrificios, que no pueden hacer perfecto en su conciencia al que practica ese culto, puesto que solo tiene que ver con comidas y bebidas y diversas abluciones y ordenanzas para el cuerpo, impuestas hasta el tiempo de reformar todas las cosas.

Pero Cristo vino convertido en sumo sacerdote de los bienes futuros, a través de un mayor y más perfecto tabernáculo, no hecho con manos, es decir, no de esta creación, y no por medio de la sangre de machos cabríos y de becerros, sino por medio de su propia sangre; entró al Lugar Santísimo una vez para siempre, Hebreos 9:7-12. Por lo tanto, tenemos confianza para entrar al Lugar santísimo por la sangre de Jesús, por un camino nuevo y vivo que El inauguró para nosotros por medio del velo, es decir, su carne, Hebreos 10:19. El tabernáculo de David era una figura para la iglesia del Señor Jesucristo, que ya no necesita de más sacrificios de corderos, pues Cristo murió por nosotros para que nos acerquemos con confianza al trono de la gracia, para que recibamos misericordia y hallemos gracia para la ayuda oportuna, Hebreos 4:16. El Señor Jesús ha restaurado el tabernáculo de David, para que todos los hombres busquemos al Señor, con acciones de gracias, gozo, cantos y danzas. Después de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David que ha caído; y reedificare sus ruinas, y lo levantara de nuevo, para que el resto de los hombres busque al señor, y todos los gentiles que son llamados por mi nombre, dice el Señor, que hace saber todo esto desde tiempos antiguos, Hechos 15:16-18.

Jesus EL TABERNÁCULO

Hemos podido observar en los temas anteriores, cómo el tabernáculo que Dios mostró a su siervo Moisés, con el transcurso del tiempo dio lugar al templo de Salomón, que fue destruido entre el año 587 y 586 a.C. por el rey babilónico Nabucodonosor II. Posteriormente el rey Ciro dio orden a Esdras que el templo fuera reconstruido en tiempo de Zorobabel. Durante el reinado de Herodes el grande, tomó el templo y lo desmantelo por completo para ampliarlo y terminar su construcción; el templo que este rey tomó para reconstruir se le conoce como el templo de Herodes, el cual estaba en tiempos de Jesús. En esta oportunidad, veremos como Jesús representa la restauración del tabernáculo de David. Para poder entrar en materia y entender de qué estamos hablando, veamos lo que dice la palabra: Y el Verbo se hizo carne y tabernaculizó entre nosotros, y contemplamos su gloria (gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad (Juan 1:14).

Este versículo es fundamental en nuestro estudio, ya que entendemos que Dios tomo a su Hijo y le dio un cuerpo como tabernáculo de su gloria en medio de nosotros, así como el Señor vivió en medio de su pueblo en el tabernáculo en Canaán. Ahora bien ¿Por qué decimos que Jesús es un tabernáculo? Vemos que cada uno de los elementos encontrados en él, residen y se hacen vivos en Jesucristo. Comencemos con el arca del pacto, desde donde el Señor hablaba a su pueblo; Jesús dijo: Yo y el Padre somos uno (Juan 10:30). Y agrega la Escritura en el libro a los hebreos, en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo. Él es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza, y sostiene todas las cosas por la palabra de su poder (Hebreos 1:2-3). El arca era de madera de acacia forrada por dentro y por fuera de oro puro (gloria de Dios), lo que también representa la humanidad de Cristo en la madera, estaba

rodeado de la gloria de Dios por fuera con sabiduría, palabra con autoridad, milagros, sanidades, etc. y por dentro como nos muestra en el monte de la transfiguración, la gloria eterna que reside en Él (Mateo 17:2). Ahora bien, dentro del arca se encontraban depositados tres elementos, estos eran “el Maná”; Jesús dijo: Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que coma de él, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo también daré por la vida del mundo es mi carne (Juan 6:48-51). “Las tablas de la Ley”; Jesús dijo: No penséis que he venido para abolir la ley o los profetas; no he venido para abolir, sino para cumplir. Porque en verdad os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, no se perderá ni la letra más pequeña ni una tilde de la ley hasta que toda se cumpla (Mateo 5:17-19). Y para completar “la vara de Aarón”; el profeta Jeremías hablando del Señor dijo: Vino entonces a mí la palabra del Señor, diciendo: ¿Qué ves tú, Jeremías? Y yo respondí: Veo una vara de almendro. Y me dijo el Señor: Bien has visto, porque yo velo sobre mi Palabra (el Verbo) para cumplirla (Jeremías 1:10-12).

El apóstol Pedro complementa o más bien confirma, que en Jesús reside esta Palabra cuando le dice: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Juan 6:68). En estos pasajes podemos ver cómo el Señor Jesús, es representado en el arca del pacto. Dentro del tabernáculo vemos otros muebles, entre los que se encuentra la “Menorá o lámpara de aceite”, un día el Señor estando dentro de una sinagoga, fue puesto en sus manos el rollo del profeta Isaías y al leerlo dijo: el Espíritu del Señor esta sobre mí, porque me ha unguido para anunciar el evangelio a los pobres... Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura que habéis oído (Lucas 4:17-21), lo que nos habla de que en Jesús estaban los siete espíritus del Señor (Isaías 11:1-2). “El altar

del incienso”, en el tabernáculo de Moisés estaba fuera del lugar santísimo, pero en el Nuevo Testamento aparece dentro de aquel lugar; el incienso es representación de las oraciones de los justos y quién más justo que nuestro Señor. Cuando Jesús fue a ver a Lázaro Él dijo: Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que me rodea, para que crean que tú me has enviado (Juan 11:42). El apóstol Pablo hablando a Timoteo dice: Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre (1 Timoteo 2:5). La palabra usada aquí es la siguiente: mesítes G3319; mediador, reconciliador (intercesor). ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena? Cristo Jesús es el que murió, sí, más aún, el que resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros (Romanos 8:34); vemos en estos pasajes que el Señor es el altar del incienso y que, debido a su sacrificio está ahora delante del Padre, como el altar del incienso que se trasladó de afuera hacia adentro al lugar santísimo delante del arca.

“La mesa y los panes de la proposición”; el Señor dijo a sus discípulos el día en que iba a ser entregado: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando una copa, y habiendo dado gracias, se las dio, diciendo: Bebed todos de ella; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados (Mateo 26:26-28); lo que nos deja ver que el Señor es la mesa y el pan que se presenta de una vez y para siempre delante del Padre, para alimento de muchos como en la multiplicación de los panes y los peces (Mateo 14:16-20); ya no en representación del pueblo judío, sino que también de los gentiles que han creído en su nombre.

Y por último “el altar del sacrificio”; en el que se sacrificaba a los animales para la expiación de los pecados. Veamos lo que dice la Palabra: y Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por sus heridas fuisteis sanados. Pues vosotros andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas (1 Pedro 2:24-25). Cuando el Señor consumió su sacrificio, fue abierto el camino hacia el Padre, ya que al rasgar su cuerpo, que era el velo, nos fue revelado el regreso a casa, es decir el camino al tabernáculo eterno (Hebreos 10:20).

EL TABERNÁCULO

Eterno

En el tiempo de Herodes el grande, debido a la ocupación romana de la región y el saqueo de Pompeyo de Jerusalén en el año 63 a.C. dio como resultado la necesidad de restauración del segundo templo, por lo que este rey decidió desmantelarlo casi por completo, para restaurarlo y ampliarlo; y hacer de él, un templo en su propio reconocimiento. Durante este periodo de tiempo entraron a aquel lugar cambistas y mercaderes, buscando el beneficio propio, olvidando las leyes Mosaicas. En aquel entonces Israel, estaba pasando por una crisis religiosa, ya que las diferentes facciones de fariseos, saduceos, esenios y zelotes, peleaban en contra del poder romano para tomar la hegemonía religiosa en Jerusalén, cuando surgió un nuevo movimiento, encabezado por Jesús de Nazaret. En el tiempo de la pascua de los judíos, cuando Jerusalén estaba repleto de peregrinos, Jesús llegó a la ciudad y entrando al templo, comenzó a hacer un azote de cuerdas y a echar fuera a los que vendían y compraban, volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. El Señor les enseñaba diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Entonces sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: El celo de tu casa me consume; y los judíos que se encontraban en el templo quedaron atónitos y preguntaron a Jesús: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Y Él les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Los judíos enojados dijeron que el templo había sido edificado en cuarenta y seis años, más Él hablaba del templo de su cuerpo (Juan 2:17-21).

En el tabernáculo de Moisés, el Señor había ordenado que se presentaran holocaustos para la expiación de pecados, pero cuando Cristo apareció, Juan el bautista dijo de Él: He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Cristo habría de morir como el holocausto redentor del Padre (Juan 3:16), para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: Fue despreciado y desechado de los hombres, varón de dolores y experimentado en aflicción; y como uno de quien los hombres esconden el rostro, fue despreciado, y no le estimamos. Ciertamente Él llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores; con todo, nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y afligido. Mas Él fue herido por nues-

tras transgresiones, molido por nuestras iniquidades. El castigo, por nuestra paz, cayó sobre Él, y por sus heridas hemos sido sanados... Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; como cordero que es llevado al matadero, y como oveja que ante sus trasquiladores permanece muda, no abrió Él su boca. (Isa 53:3-7). Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, habiéndose hecho maldición por nosotros, porque escrito está: maldito todo el que cuelga de un madero (Gálatas 3:13). Pero la historia del Hijo de Dios no terminó en la tumba, sino que al tercer día resucitó. El primer día de la semana, María Magdalena fue temprano al sepulcro y vio que la piedra había sido quitada, ella dijo a los discípulos que se habían llevado el cuerpo del Señor del sepulcro, salió pues Pedro y Juan hacia aquel lugar. María estaba afuera llorando y Jesús se le acercó y le habló y ella no le reconoció, hablándole por segunda vez ella se volvió y lo reconoció y le dijo Raboni (Maestro) y Jesús le dijo: "Suéltame no me agarres porque todavía no he subido al Padre; pero ve a Mis hermanos, y díles: "Subo a Mi Padre y Padre de ustedes, a Mi Dios y Dios de ustedes" (Juan 20:1-17).

Posteriormente Lucas, en Hechos de los apóstoles, menciona que el día en que Jesús ascendió al cielo, viendo sus discípulos fijamente hacia arriba, se les aparecieron dos hombres en vestiduras blancas quienes les dijeron: "Varones Galileos, ¿por qué están mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de ustedes al cielo, vendrá de la misma manera, tal como lo han visto ir al cielo" (Hechos 1:1-11). De la misma forma Pablo indica a los efesios que cuando el Señor ascendió a lo alto, llevó cautiva una hueste de cautivos y dio dones a los hombres. (Esta expresión: Ascendió, ¿qué significa, sino que Él también había descendido a las profundidades de la tierra? El que descendió es también el mismo que ascendió mucho más arriba de todos los cielos, para poder llenarlo todo.) (Efesios 4:8-10). El Señor dijo a sus discípulos antes de partir, que iba al que lo había enviado y agregó: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré (Juan 16:5-7). Cuando el Señor fue llevado a las alturas descendió sobre

sus discípulos el Espíritu Santo en el día de pentecostés. Pablo dice que somos templo de Dios y que el Espíritu mora en nosotros (1 Corintios 3:16). Asimismo, Pedro dice que nosotros nos hemos convertido en piedras vivas y estamos siendo edificados como casa espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (1 Pedro 2:5).

Por lo tanto, tenemos un gran sumo sacerdote que trascendió los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra fe. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado y ahora podemos acercarnos con confianza al trono de la gracia, para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna (Hebreos 4:14-16). Cristo nuestro sumo sacerdote, se presentó en la presencia de Dios por nosotros, para destruir el pecado por el sacrificio de sí mismo de una vez y para siempre; aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvación de los que ansiosamente le esperan (Hebreos 9:25-28). Pues tenemos la promesa de nuevos cielos y nueva tierra, en los cuales mora la justicia (2 Pedro 3:13), de lo cual nos habla también el apóstol Juan en su revelación.

Juan nos narra cómo vio abrirse la puerta del templo que está en el cielo; y el arca de su pacto se veía en su templo. Vio también una gran multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos; los cuales alababan, adoraban y daban gloria a Dios por los siglos de los siglos. Así también cómo descendía del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalén, donde el tabernáculo de Dios está entre los hombres y Él estará entre ellos, Él enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron. Y en ella no había templo alguno, porque su templo es Dios Todopoderoso y el Cordero. En donde las naciones andarán a su luz, y los reyes de la tierra traerán a ella su gloria (Apocalipsis 21).

Santa Cena

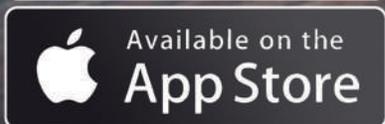
2 de diciembre

10:00 am



17 av. 5-62 zona 1 ciudad de Guatemala

Donde quiera
que vayas!



www.elfaroradio.online